



Como moscas...

por Eduardo Sartelli

Tengo para mí que el asado de obra es el mejor que haya comido alguna vez. Ya por el olorcito, despierta unas ganas de comer sólo comparables con otras pasiones igualmente nobles, como la buena lectura, el buen cine, la buena música o, gloria de las glorias, una tarde de amor con lluvia golpeando el vidrio de las ventanas. Aunque mi sapiencia culinaria es cercana a cero, tengo una teoría que explica la comprensible envidia de los transeúntes ante el aroma que escapa de las construcciones. Esa teoría, digo, sostiene que la peculiaridad del asado de obra tiene que ver con la madera de pino. Barata y resistente, su presencia resulta indispensable para cualquier trabajo en el mundo de la albañilería. Desde simples cuñas hasta los bellísimos pisos de pinotea, el pino y el noble arte de construir han ido siempre de la mano. De modo tal que los recortes de madera de pino siempre contribuyen a iniciar el fuego. Digo iniciar porque el pino no da buena brasa. Pero aunque se continúe con carbón común y corriente, la magia ya ha sido puesta en marcha: la resina del pino se junta con el olor de la carne para dar ese resultado tan peculiar como inconfundible. Mi papá, que me enseñó un oficio del que nunca me enorgulleceré lo suficiente, todavía sigue haciendo esos asados con restos de madera de pino, tal vez sin entender por qué insisto tanto en ese ingrediente fundamental.

¿Asadito del mediodía? ¿De qué habla este hombre? Más de un lector observador se hará estas preguntas porque hace mucho que no se ven (ni se huelen, que es lo peor) delicias por el estilo en los mediodías callejeros de Buenos Aires. No sólo porque las técnicas constructivas han cambiado mucho y algunas hasta prescinden de la madera. Sino porque si hay gremio donde las condiciones laborales han empeorado sustancialmente, ese es el de la construcción. Y no porque haya bolivianos. Ya los había cuando yo acompañaba a mi viejo a la obra, a los seis o siete años, a jugar a que trabajaba. La construcción es el lugar donde, probablemente, más cruelmente se refleja un fenómeno muy extendido hoy y que requiere de la violenta reconstrucción de la autoestima.

Combatiendo la idea de que los salarios obedecían a una ley que los condenaba a un nivel de subsistencia, Marx señalaba que en la fijación del precio de la fuerza de



trabajo concurrían dos factores, uno de orden biológico y otro de orden histórico-social. Por el primero, el salario, el precio de la fuerza de trabajo, la expresión monetaria del valor de esa mercancía peculiar, no puede ser inferior a las necesidades de la reproducción biológica del trabajador. Este “no puede ser” es una expresión de deseo y el resultado de una relación de fuerzas histórica, porque en la práctica puede “serlo” tranquilamente. Depende de la magnitud de la masa de desocupados y subocupados (de lo que los marxistas llamamos el “ejército industrial de reserva”). De hecho, para muchos hoy la situación es exactamente esa: los “beneficiarios” de los planes “Trabajar”, a 120\$ por mes, son muestra suficiente. Marx, por supuesto, no desconocía esto. Simplemente señalaba que en algún punto, o la burguesía paga la fuerza de trabajo al menos a su “costo” biológico o la clase obrera desaparece físicamente. Y con ella el capitalismo.

Pero aquí nos importa el segundo aspecto, el componente “moral”, aquello que los obreros consideran que deben ganar, lo que vale “su trabajo”. Cuando yo era chico, el componente moral incluía, para cualquier obrero medianamente calificado, la posibilidad de mantener a su familia sin que sus hijos y su esposa trabajaran, al menos hasta la adolescencia. Incluía también un auto usado, ir a la cancha los domingos (o al Luna los sábados, como hacíamos con mi viejo, a ver a “Cloroformo” Castellini y a “Martillo” Roldán) y una casita prefabricada sobre lote pagado a cuotas. La “obra social” cubría cosas como vacaciones en la costa u operaciones complejas. Había gremios que aseguraban el trabajo de por vida, dada la magnitud de las indemnizaciones por despido. Algo parecido sucedía con los accidentes laborales. El componente “moral” de la fuerza de trabajo incluía la tranquilidad, el descanso y la vida. Y en el caso de los obreros de la construcción, el asadito del mediodía.

Y bien, lo que más ha cambiado es el componente histórico-social del salario, sobre todo en la construcción. La derrota profunda de la clase obrera argentina, cuyo origen data del último gobierno de Perón, ha dado por resultado una verdadera reconstrucción de lo que los obreros consideran que “vale su trabajo”. Por la violencia más extrema, no podía ser de otro modo, aquello que lo que los obreros consideran “que deben ganar”, ha descendido brutalmente. Se culpa a bolivianos, paraguayos y peruanos, lo que siendo falso en general, contiene un punto de verdad. El resultado de la lucha de clases en la Argentina de mediados de siglo, sin ser la revolución misma, había permitido que ese componente histórico social fuera mucho más elevado que en el resto



de América Latina (y de buena parte del Tercer Mundo). Ese era el motivo que determinaba las migraciones desde países vecinos. La derrota de los '70 ha "latinoamericanizado" a la clase obrera argentina, aunque las migraciones no se detienen, simplemente porque el resto de América Latina, tal vez con la excepción de Brasil y México, se ha "africanizado". El punto de verdad en toda esta historia es la que el racismo juega para la burguesía y para los burócratas sindicales, es que, hoy por hoy, un obrero argentino se siente degradado, "desmoralizado". Porque lo ha sido: ha pasado a ser parte del sentido común el que el salario "mínimo vital y móvil" ha perdido los últimos dos adjetivos; que el aguinaldo se licúa porque se calcula sobre el salario básico sin los adicionales; que sin aportes patronales, las obras sociales no existen y están a punto de ser liquidadas en masa; que el pago en negro es una realidad más real que el pago "en blanco". De todo esto, lo único que suele provocar indignación en los "medios" (breve indignación, publicitaria indignación, a decir verdad) es el fenómeno que tiene por causa inmediata la reforma de la ley de accidentes de trabajo y la creación del sistema de las ART, es decir, los accidentes laborales. Y es aquí donde se percibe mejor cuanto más que el asadito del mediodía han perdido los obreros de la construcción: forma también parte del jibarizado componente histórico social del salario actual, el que la vida humana es barata. Es esto lo que explica que sólo durante 1999 murieran, en caídas o desplomes de edificios, cerca de 160 obreros de la construcción. Algo así como uno cada dos días y fracción.

"Caen como moscas", dijo mi tío Pela, personaje digno de Begnini y albañil él también. Mirábamos en el televisor la noticia de otro obrero muerto al caer por el hueco de un ascensor. Inmediatamente me vino a la mente la imagen de esas tardes de verano, pesadas, húmedas, tristes, en que todos salíamos al patio y mi papá cerraba puertas y ventanas, máquina de "flit" en mano. Al poco rato se lo podía ver envuelto en una nube venenosa de la que escapaba tosiendo. Disipada la niebla, me asomaba a la ventana para observar como caían, una tras otra, decenas de moscas muertas, hasta formar una verdadera alfombra de puntos negros sobre el fondo rojo de la cerámica. Siempre me pareció una imagen adecuada de lo poco que vale la vida humana bajo el capitalismo. Sobre todo cuando se trata de vidas obreras.